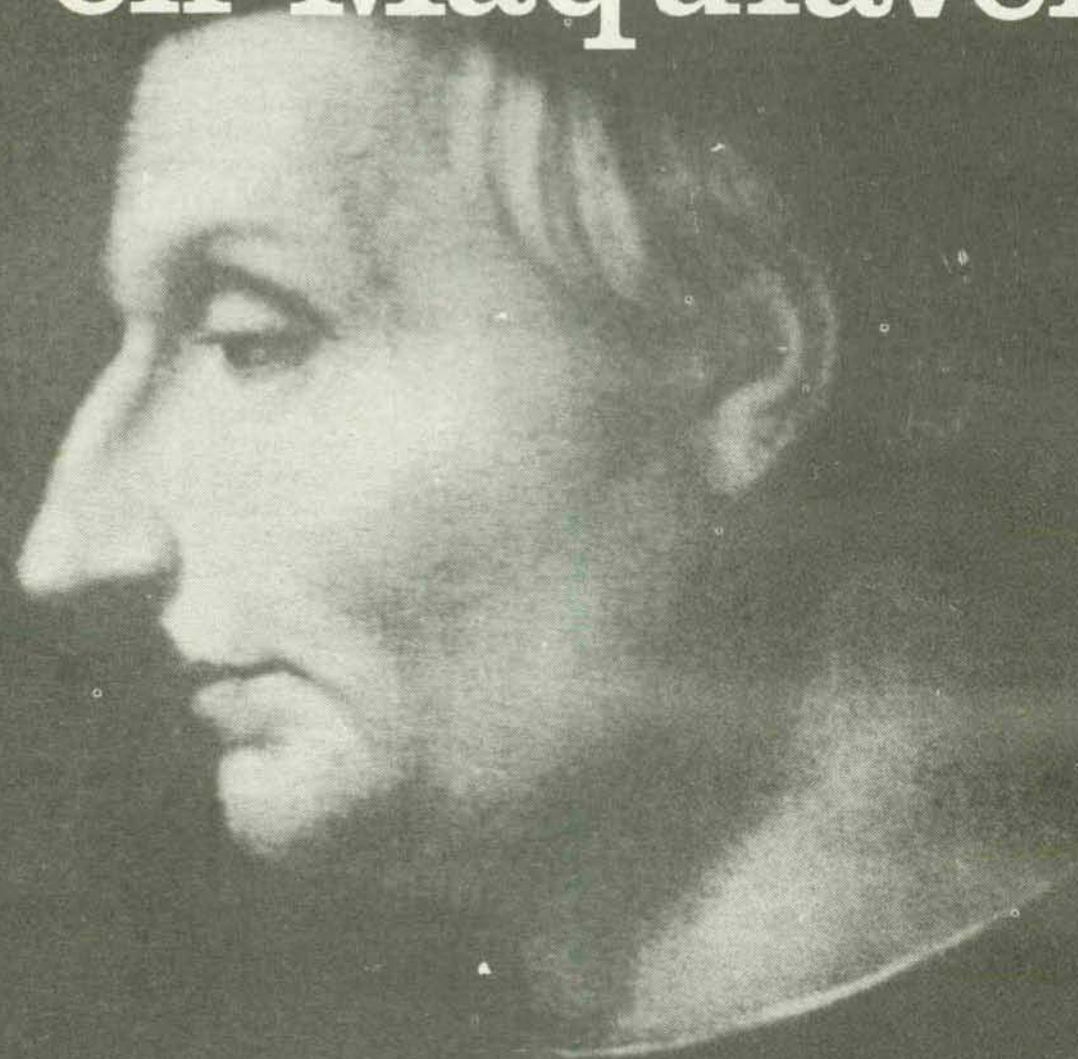


# Historia y política en Maquiavelo



---

José A. Gómez Marín

---

**E**NTRE los títulos de una colección que, por la muestra de que ya disponemos, promete ser muy sugestiva, acaba de aparecer uno de esos textos importantes que han tenido mala suerte en castellano y resultan por ello casi inencontrables: la «Historia de Florencia», de Nicolás Maquiavelo (1). La «Istorie», en efecto, no es fácil de hallar en nuestra lengua, aunque con frecuencia encontremos su cita, y es, por lo demás, un libro inevitable para hablar con cierta propiedad de Maquiavelo, en especial sobre su manera de entender la Historia y la relación entre esa historia y la Política. Pero vayamos por partes y comencemos por decir unas cuantas cosas de la edición que nos parecen imprescindibles.

(1) N. MAQUIAVELO: «Historia de Florencia», Clásicos Alfaguara. Madrid, 1979.



**H**A corrido ésta a cargo de F. Fernández Murga, profesor de Literatura en la Universidad de Salamanca y, al parecer, buen conocedor de la lengua y la literatura italianas, con las que le debe haber familiarizado su larga estancia en el país. Y así será, sin duda, aunque el lector de esta edición no pueda recoger el fruto. En principio, porque el profesor Fernández Murga dedica su leve y superficial información a contar-nos varios conocidos sucesos de la época en relación con la historia de Italia, tratando de insertar la figura de Maquiavelo en el complicado mosaico de la historia política del Renacimiento, lo cual no parece necesario teniendo en cuenta que esas páginas introductorias van dirigidas a un lector que, en *seguida, si es que no* desmaya a resultas de la mentada Introducción, va a internarse, como en un bosque, en la versión del propio Maquiavelo que nosotros nos permitimos preferir, con perdón del editor.

Esto de entrada. Pero, además, ese modo de proceder impide que la presente edición llegue al lector provista de un instrumento de orientación imprescindible, habida cuenta de la especial complicación que ofrece, en la historia de las ideas, una caracterización correcta de Maquiavelo. La trayectoria de nuestro ilustre florentino en ese plano resulta, desde luego, costosa de apreciar, en parte debido a los numerosos intentos trivializadores que ha tenido que soportar en manuales y hasta en interpretaciones específicas, en parte también a que ha debido soportar el peso de una larga, activa y enconada tradición polémica: la de maquiavelistas y antimachiavelistas. En consecuencia, parece que una edición tan esperada hubiera debido incluir una orientación precisa de lo que significó Ma-

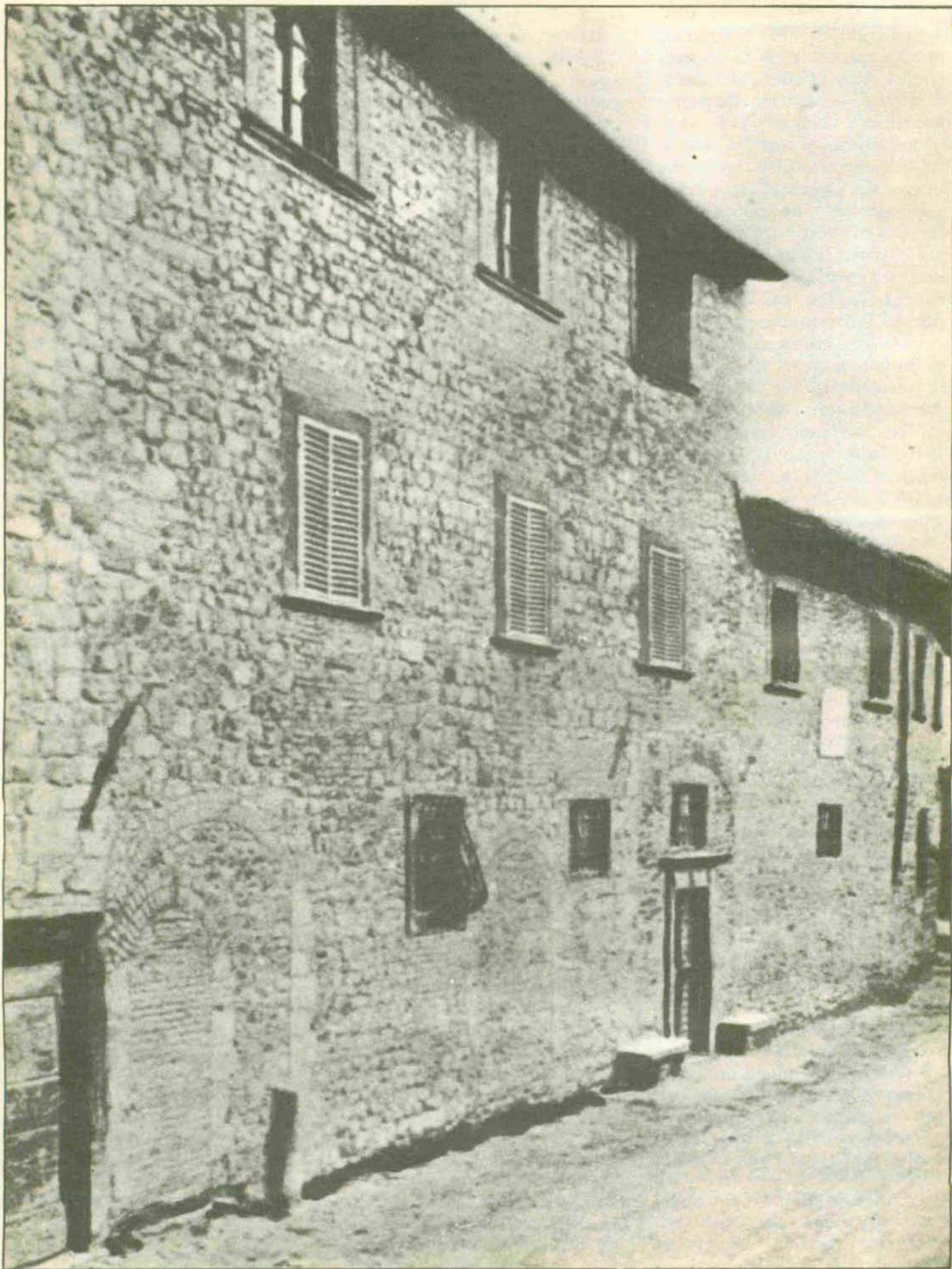
quiavelo en el umbral de la Modernidad europea, de lo que quiso decir cuando escribió de «política» y, en especial, de cuanto supo o intentó enseñarnos al tratar de historia. Maquiavelo es de esos autores que necesitan imprescindiblemente de esta andadera cuando una obra suya va dirigida a un público vasto o no especializado, tal como suponemos es la intención de la Editorial Alfaguara al plantear esta colección. Y lo necesita porque la polémica a que nos hemos referido tiene especial significado en la historia de la cultura española y es, por otra parte, muy antigua, aunque ciertamente no sea demasiado conocida. Aquí no la vamos ni a resumir, porque nos bastará remitir al lector curioso a la definitiva y, sin embargo, pionera labor de José Antonio Maravall, quien desde 1944, nada menos, viene destacando la importancia que tiene para nuestra cultura llegar a comprender que la recepción de Maquiavelo en España no es una simple anécdota bibliográfica, sino una clave terminante para comprender la «modernidad», o mejor, la **mentalidad moderna**: Maquiavelo establece un nivel de contemplación de lo político a partir del cual resulta preciso avanzar a los «modernos», y **contra el cual** se creen obligados a militar los «antiguos».

Todo eso, como queda dicho, lo sabemos por Maravall desde hace más de 30 años (1944: «Teoría española del Estado en el siglo XVII»). Hace menos, justamente desde 1969, V centenario del florentino, el propio Maravall publicó dos estudios claves y puestos al día sobre nuestro tema. En uno de ellos, «Maquiavelo y maquiavelismo en España», prueba lo dicho y se extiende en la consideración de la corriente maquiavelista y su papel en nuestra historia social y política; en otro, «La co-

rriente doctrinal del tacitismo político en España» (2), explica cómo la resistencia antimachiavelista, obligó a una importante nómina de escritores políticos a tratar de Tácito, sujeto menos alarmante para la activísima censura y estrechamente ligado a Maquiavelo en la mentalidad moderna. Pues bien, todo esto, que resultaría inevitable conocer y escribir en una introducción a Maquiavelo, y, sobre todo, a su «Historia de Florencia», no es aludido siquiera por Fernández Murga, decidido a olvidarse del Maquiavelo que se perfila tan complejo desde la historia del pensamiento y, por supuesto, olvidado del todo de que ésta era una edición para españoles y de que era, por tanto, necesario recordar al lector español la importancia que el libro que va a leer tiene en su cultura. Pero es en la «bibliografía selecta» que ofrece la edición donde tal vez sea fácil al lector mínimamente avisado o familiarizado con el tema, advertir claves definitivas para la interpretación del modo de proceder que ahora criticamos. Se trata, en efecto, de una selección desconcertante, donde —a excepción de Russo y Toffanin— casi no aparece ningún nombre obligado: ni una mención a Maravall, ni a Meineke, ni a Ronaudet; ni una a los manualistas destacados, quizá merecedores algunos de un recuerdo o una cita siquiera de acarreo (Sabine, Hölstein, Chevalier mismo). Todo lo cual resulta especialmente raro si se advierte que en el libro de Luigi Russo que él cita en la bibliografía, se incluye —claro que ya muy al final, en las últimas páginas— una interesante nómina de especialistas en Maquiavelo. Sólo añadiré lo raro que resulta, de paso, encontrar entre tan parco viático libresco

(2) Ambos recogidos en el volumen «Pensamiento político español. Siglos XVI y XVII», I. C. H., Madrid.



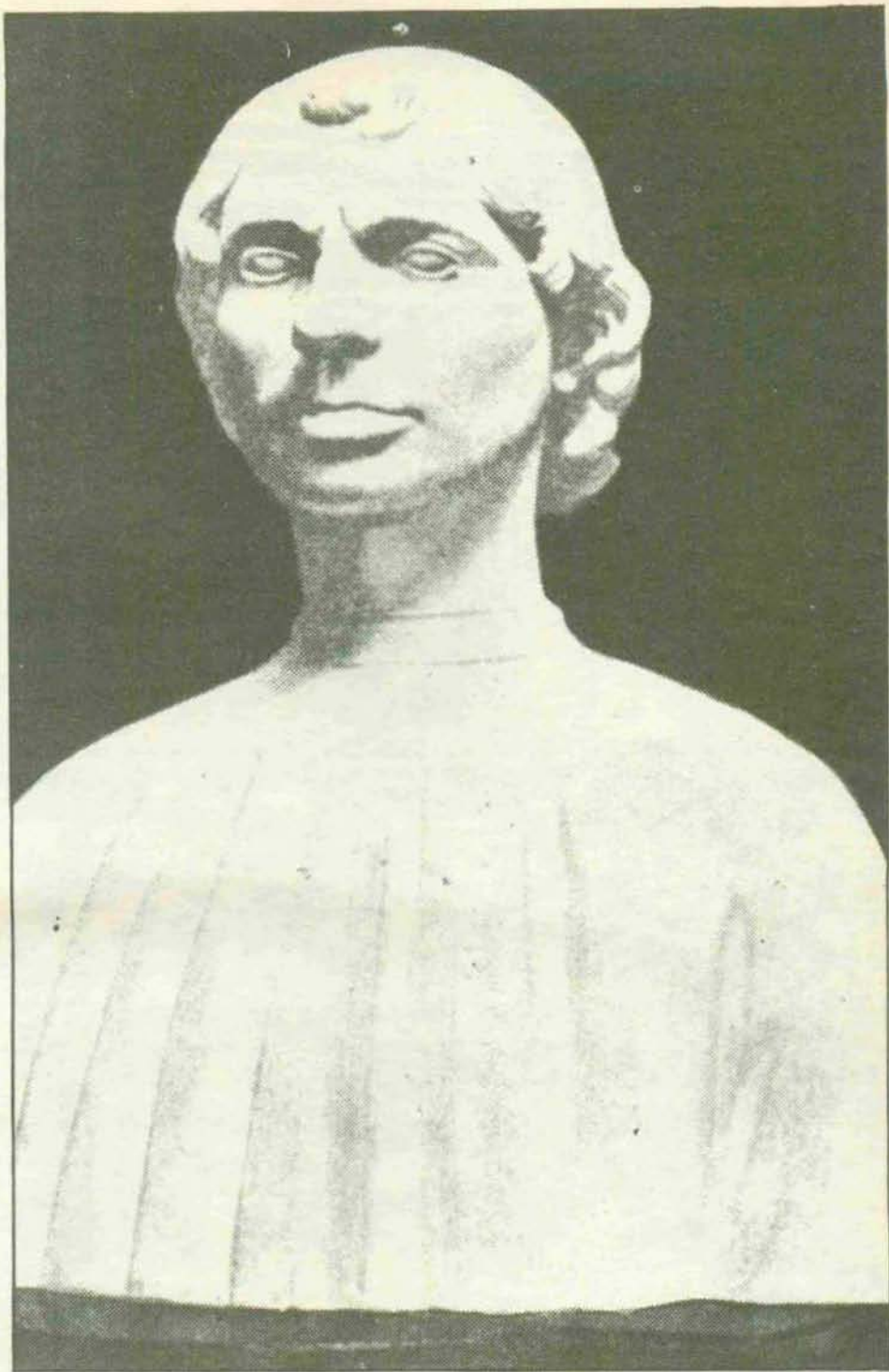


Casa de Maquivelelo en Sant'Andrea, en Percussina.



como Fernández Murga nos ofrece, citas que a estas alturas tienen que resultar, por lo menos, pintorescas y un poco «camp» a la fuerza, como son, por ejemplo, las de Fernández de la Mora, el embajador Javier Conde o Jorge Uscatescu, que serán muy valiosas aportaciones —¡quién lo duda!— pero insostenible en un reparto en el que se han omitido inexplicablemente gentes como las antes citadas. Incluso se incluye una cita de César Silió, vaya el lector a saber por qué, sobre todo si sabe quién fue este ilustre y arqueológico escritor...

Pero con este varapalo —créanos el editor que va bienintencionado— se nos ha ido al cielo el santo de Maquiavelo y el significado, tan relevante, de su «Historia de Florencia». Y se nos ha ido sin remisión, pues ya no queda espacio. Digamos, por ello, sólo un par de cosas, a nuestro juicio necesarias para que el lector nuevo, si llega el caso, pueda orientarse mejor. Una es que la «Historia de Florencia» debe ser leída, sobre todo, por quien ande interesado en la idea de «historia» maquiavélica, pues en ella, aún más que en «El Príncipe» y que en el «Castrucci», Maquiavelo desvela entre líneas y por extenso cómo el juzgaba a la Historia, de modo particular a la romana, «maestra de la vida», como decía el maestro griego. Maestra de la vida, aviso de navegantes, estrella para perdidos en la noche de los tiempos... presentes: he ahí lo que Maquiavelo entiende por relación historia-política. Pero bien entendido que esa relación —y los hechos en que se basa— son vistos por Maquiavelo desde una perspectiva secularizada, absolutamente desmitificada y, en cualquier caso, racionalista: la «Historia de Florencia» servirá de este modo al lector para encararse a un «hombre moderno», a un hombre renacen-



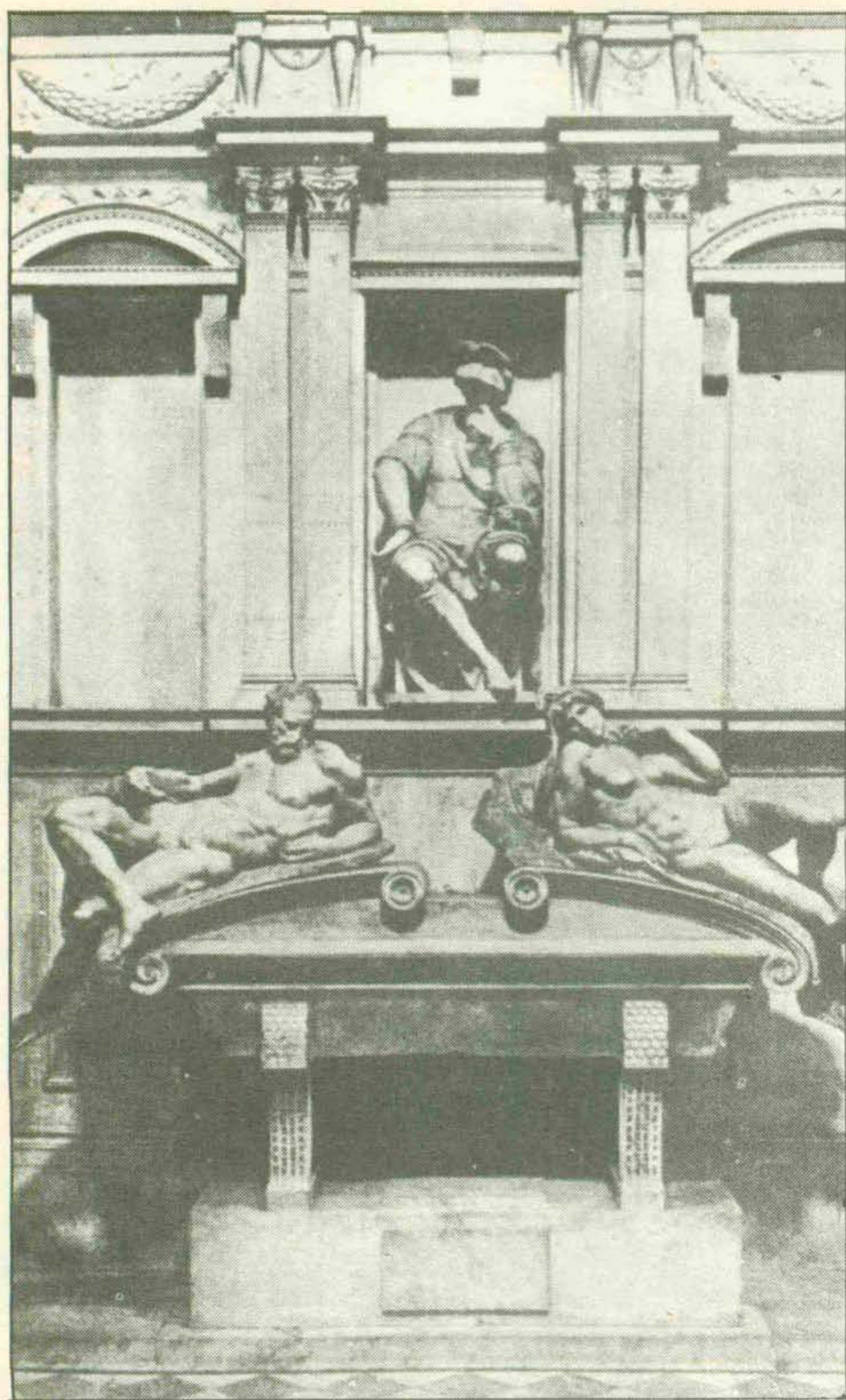
Busto de Nicolás Maquiavelo, de autor desconocido, en el Museo Nacional de Florencia.

tista, con todo lo que a un tipo semejante supone de ambiguo lanzarse hacia el futuro sin despegar del todo los pies del pasado (y esto es muy importante, sin duda).

Es decir, que Maquiavelo entiende como fin de la Historia una especie de pedagogía, dirigida sobre todo al titular del Poder, tal y como, en el siglo siguiente, los «espejos» van a tratar de educar a los «príncipes

cristianos»... Se trataría, pues, de extraer de la Historia las «verdades eternas», los paradigmas que subyacen bajo la letra menuda de batallas y tratados, para con ellos construir esa suprema lección, ese gran aviso que Luigi Russo (citado por el editor, precisamente) caracterizaba como una «storia militante». Para Maquiavelo lo decisivo era averiguar que había en la Historia «interna» —en el





Monumento a Lorenzo de Médicis, por Miguel Angel, en la Capilla Medicea de Florencia.

caso de Florencia, las disensiones, la curiosa y permanente guerra civil, las tensiones políticas, religiosas y sociales, etcétera— que pudieran servir al lector como aviso o advertencia: la Historia, en definitiva, siempre se repite si se repiten los supues-

tos; de donde es fácil, piensa Maquiavelo, sacar consecuencias prácticas. Eso es lo que justamente intentó en esta «Historia de Florencia», entre cuyos vericuetos inextricables el lector puede seguir el hilo de una permanente lección que Maquia-

velo se esfuerza en explicar con realismo bien **moderno**: la lección de la «razón de Estado», piedra basal de la nueva política y consecuencia, a su vez, de la nueva visión del mundo y del hombre propia del Renacimiento. Es emocionante, de verdad, seguir este hilo intrincado de enredos humanos y casi divinos que Maquiavelo supo contemplar sin anteojeras y con mirada clara. Pero sobre todo es patético. Patético porque, en fin de cuentas, uno —el lector— se percata pronto de que la lección va a servir para poco seguramente... Y, por si algo faltara, porque esa lección está en cierto modo basada en una convicción metódica que resulta, a su vez, relativamente sólida: Maquiavelo, como advirtiera ese Ruso citado por el editor actual de la «Historia de Florencia», termina, en fin, haciendo una historia militante, pero una historia que tiene que asentarse en una cierta abstracción, o mejor dicho, en un cierto (¡incierto!) idealismo, y más que una historia verdadera, quizás termina pergeñando una historia «ideal»: «...i motivi eterni degli avvenimenti, e... una storia idealmente vera, se non tritamente certa», como explicaba Ruso en el repetido libro. El lector verá, que es lo importante, estas y otras muchas cosas en las apretadas páginas de Maquiavelo. Páginas interesantes no sólo para el lector especializado, sino para el que simplemente guste de la historia y, de manera especialísima, para el que quiera ahondar en la cultura renacentista o «moderna». Verá, entre otras cosas, cómo los manuales sirven para poco y cómo la lectura directa de los clásicos es una operación que hay que reivindicar no en nombre del especialismo y de la **alta cultura**, sino en pro de nuestra indeclinable identidad cultural. Indeclinable, aunque mal conocida. Encima. ■ J. A. G. M.